

PROYECCIONES

Elizabeth Leguizamo

PIROCROMO #13

el cine

Cecilia no está. Ahorita nadie la llama porque de cualquier manera no abrirá la puerta de su recámara. Se va constantemente. A mamá le toca lidiar con las consecuencias de lo que nos ha parecido divertido llamar “el viaje”. Sin embargo, lo deja pasar porque de todos modos Cecilia siempre regresa, eso sí, cada vez trayendo consigo menos de ella. Cuando recién llega la veo triste. Supongo que es el síndrome del viajero. Emprender la huida no cuesta lo que volver al punto de origen. Un exilio cortísimo y de repente: un golpe de realidad. Mi trabajo, como hermana suya, es reintegrarla a nuestro ambiente. Sin embargo, temo que un día compre un único boleto: el de salida, y no vuelva más.

Cecilia es como nube que sonda un cielo, o varios, los que ve al pararse junto a la ventana abierta o los que sólo ve si cierra los ojos. También le gustan los cielos que han sido engendrados por otras mentes. Me da la impresión de que este mundo le importa poco. Tal vez también su cuerpo. Porque se ausenta por largos períodos. Le gusta hacerse mar y navegar sus propias olas. Irse. En ése, su lugar, las piedras que pueda recoger de la universidad a la casa o de la casa al parque, caen al fondo y se estancan. Ahí quedan. Ornato de las profundidades. Entonces flota entre los ires y venires de la marejada, en la indefinición de la existencia. Siempre le sirve cuando quiere rehuir a las preocupaciones, al quehacer, a la tarea.

Desde que supo cómo irse parece habitar un estado permanente de embelesamiento. Levadas las anclas y abandonados los puertos. Un eterno pasar sin llegar. Cecilia está ya sin estar, porque siempre está pensando en regresarse. Incluso en el comedor —único lugar en que nos vemos las caras casi siempre— no habla más que de lo mismo: países de nombres impronunciables y superdotados de una belleza que, obviamente, no se encontraría en nuestra ciudad; historias que sólo ella conoce. En ocasiones me da por pensarlas en un intento por reconstruir su argumento, porque me irrita tener que secundar sus risas por cosas que no alcanzo a comprender. Mamá, de plano, ya ni se inmuta. Muy dentro

de su mente confía en que su hija es todavía consciente de lo que hace. No obstante, el verla exaltarse de repente le hace pensar que si posee un sentido de pertenencia, no es con este mundo. Quizá un día su lazo con estos lugares simplemente se rompa.

A mí también me preocupa, pero más me da curiosidad saber cómo hace para desasirse de nuestra realidad y olvidarse de todo. Lavar los trastes es un ejemplo claro de esas cosas que ya no tienen un lugar en su pensamiento, pero las más de las veces mamá se encarga de refrescarle la memoria. Así que un día, cuando me invita a ir con ella, asiento sin titubear. La confianza es parte de la buena amistad que ha nacido entre las dos no por ser hermanas, sino cómplices. A veces le miento a mamá cuando me pregunta si ya se durmió la noche antes de ir a clases –Cecilia siempre se desvela–. Aun con ello me atemoriza lo duro que puede ser el regreso no deseado. Pero el asunto tiene que ver con dioses nórdicos, una leyenda de amor entre el visitante de un planeta lejano y una mujer humana como yo. Me seduce la posibilidad de llenar ese hueco, usurpar el cuerpo de la mujer que por ahora carece de nombre, cumplir con la descripción de su personaje. Encarnarla.

La tarde siguiente me presento ante la puerta de la recámara de Cecilia. “Pasa, Lucía”, se apresura a decirme al tiempo que abre. “Ya está todo listo.” “Qué bien”, digo sonriendo, nerviosa.

Sin importar el miedo que la falta de experiencia infunde en mí, partimos ese mismo día. No sentimos pasar las horas durante el viaje. Nuestro reloj biológico se atrofia y ya no nos fiamos mucho del de mano. Nos comemos las noches, el tiempo y cualquiera de sus formas medibles. Somos músculos contraídos. Masas multiformes provocadas por la tensión que nos causa ver pasar delante todo un mundo nuevo. Su ciudad, los habitantes, su influencia en nosotros es innegable. Su historia ha vaciado nuestros recuerdos y llenado los huecos.

Entonces los conozco a los dos. A ella la veo cruzar los valles; besarlo y unir su alma mortal a la de él; declararle su amor en un extraño manifiesto de sus ojos. La mujer soy yo. Que eso es innegable, me digo mentalmente para que Cecilia no escuche. Que me parte el alma sentirlo lejano, como un eco, eso no lo digo; pero el estremecimiento de mi cuerpo me indica que, en efecto, eso pasa. ¿Es esto parte del castigo milenarío con que el hombre carga de nacimiento? “Quieres ser como yo” habría dicho Dios. “Ven, siéntate en el trono de la omnisciencia.” “Sufre” habría mascullado aparte.

Lo que el humano nunca supo, sino hasta después de sentarse sobre el incómodo asiento, es que nada se sentiría tan bien como la ambición le hizo imaginarse. Era mejor no saberlo ni verlo todo. Su libre albedrío ha negado el acceso a cualquier manejo ímprobo de Dios, quien ya sólo mira de lejos. Y a esa distancia también se está mofando de mí. Yo, siendo Dios, únicamente puedo ver pasar a aquel hombre. No más. Tal vez en este momento me es permitido observar lo que en otra vida viviré en carne propia, ya sin tener consciencia de haberlo visto antes. Pienso en ello un largo rato y entonces llega el final.

Después, como en todos “los viajes”, las bellas imágenes de aquellos lugares remotos son cortadas de tajo por un muro negro. Ni siquiera el telón del teatro. La desilusión. Luego el caminar desorientada, intentando discernir si estoy soñando que vuelvo o soñé que fui. Despertar es siempre molesto. Cuando la segunda posibilidad se vuelve un hecho, recuerdo que tengo una vida verdadera, acaso vivible. Respiro otra vez el aire contaminado de cualquier-cosa, de nimiedad. Volví. Tal vez algunos ya nunca lo hacen.

Tras las cortinas se filtra un vestigio de luz, marca débil del atardecer. Nada resiste a la penumbra. Todo, tarde o temprano, se ve invadido por ella.

